

estandarte de María. ¿No es ella vuestra capitana? ¿no sois vosotras sus valientes compañeras de armas? ¡Qué valor no debe infundiros la presencia de esta nueva Débora al frente de sus aguerridas huestes! Á pelear os ha llamado el Señor con las armas del espíritu en el gran ejército de su Iglesia; que, si en todo estado es milicia la vida del hombre sobre la tierra<sup>1</sup>, la profesión religiosa lo es de combatir á diario en el campo de batalla del propio corazón contra el mundo, el demonio y las pasiones. Pero la vocación de las órdenes religiosas activas es doblemente guerrera, porque, además de combatir en defensa de la propia alma, obliga á guerrear contra los enemigos de Cristo, acudiendo al socorro de las almas para que no sean vencidas por el caudillo infernal. Por muy grandes y temerosas que sean estas luchas, que son la vida del apostolado, á vosotras no pueden intimidaros, pues tenéis por armas el mismo espíritu apostólico, avivado de continuo en vuestros corazones por vuestra consagración al servicio de María.

Vuestra gloriosa orden tiene por divisa propia la devoción á la Santísima Virgen, según lo acredita vuestro mismo nombre de «Hermanas de Nuestra Señora»; y la devoción á la que es, como hemos visto, Reina de los apóstoles, no puede menos de mantener siempre viva la llama del celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, virtud que caracteriza á los apóstoles y á cuantos profesan ir en seguimiento de sus huellas.

Mientras arda en vosotras esta llama, este espíritu apostólico, que es el espíritu de María, el éxito más completo coronará vuestras santas empresas, floreciendo

<sup>1</sup> Iob 7, 1.

por vuestro medio la cristiana educación; y así como la presencia corporal de María sobre el Pilar de Zaragoza aseguró la conquista del mundo para el Evangelio, así la protección constante que os dispensa la misma Señora desde lo alto de su trono, será para vosotras prenda de multiplicados triunfos en la arena de la perfección, y garantía de la final victoria que os pondrá en posesión de la eterna bienaventuranza. Así sea.

### SERMÓN PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CONSUELO

(predicado en la parroquia de San Victorino, Bogotá, 1897).

#### María, consuelo de afligidos.

Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos.

Como una madre que acaricia al hijo lloroso, así yo os consolaré á vosotros.

Is. 66, 13.

I. Una piadosa tradición atestiguada por la fiesta que el día de hoy celebra esta venerable parroquia, no nos permite dudar de los planes llenos de misericordia que abriga María santísima para con sus hijos, los feligreses de San Victorino. Ella quiere prodigarles á manos llenas los consuelos que necesitan en sus congojas, trabajos y tribulaciones. ¡Nuestra Señora de la Consolación, ó del Consuelo! ¡qué advocación más dulce para el corazón del hombre condenado á vivir en la región del llanto y del dolor! Los vecinos de esta parroquia, favorecidos con señales prodigiosas y milagros debidos al culto de esta santa imagen, no deberían mirar con indiferencia el tesoro que poseen en la de-

voción á Nuestra Señora del Consuelo<sup>1</sup>. Para excitarla más en todos los presentes, voy á exponeros, amados oyentes míos, de qué manera tan elevada y tan cumplida justifica María santísima esta consoladora advocación. No en vano dice, como habéis oído en el texto sagrado: *Como una madre que acaricia al hijo lloroso, así yo os consolaré á vosotros*<sup>2</sup>.

2. Pero es preciso sentar brevemente algunas observaciones preliminares que den luz á nuestro asunto. El consuelo, hermanos míos, suele aliviar el dolor y hacerlo llevadero, pero no lo destruye ni lo hace desaparecer por completo. Esto sería imposible en esta vida de destierro, y nadie tiene derecho de exigirlo del mejor amigo y piadoso consolador. Hay más, y es que el consuelo presupone como necesaria la existencia del mal y la tristeza que él ocasiona en el pobre corazón humano; puesto caso que quien no llora, no tiene necesidad de consuelo. *Bienaventurados los que lloran*, decía el Salvador, *porque ellos serán consolados*<sup>3</sup>. Por manera que, no sólo el ser consolado es una bienaventuranza, sino aun el mismo llorar y padecer cuando hay una mano amiga que enjague el llanto y una palabra cariñosa que derrame el bálsamo del consuelo en el llagado corazón. ¡Felices, añado yo, los que en sus tribulaciones acuden á María, á esta universal *consoladora de afligidos*<sup>4</sup>, porque sin duda alguna recibirán colmado y positivo consuelo! Éste depende principalmente del conocimiento que el hombre adquiere en

<sup>1</sup> Existe una relación del origen, que se cree milagroso, del culto de Nuestra Señora de la Consolación en la parroquia de San Victorino, de Bogotá.

<sup>2</sup> Loco supra cit. <sup>3</sup> Matth. 5, 5.

<sup>4</sup> Consolatrix afflictorum (Eccl. in lit. lauret.).

medio de sus tribulaciones, de que ellas no son tan grandes, ni tan desesperantes como él se lo figura, y de que encierran un bien mayor que el bien perdido, una utilidad que compensa ventajosamente el mal cuyo aguijón le atormenta. Atenuar el mal con la presencia de un bien real, aunque invisible, y con la esperanza de que será remediado eficaz y prontamente, he ahí la obra del verdadero y bien entendido consuelo. Éste, como se echa de ver, es un consuelo racional; y tales son siempre los consuelos que da al desgraciado nuestra divina religión. Tal es el consuelo que descende á nosotros de las manos de la Madre de misericordias y dispensadora de toda consolación.

3. En efecto, María, como lo vais á ver, nos hace primero reconocer y glorificar en medio de nuestras tribulaciones, la mano sabia y benéfica de la Providencia que nos hiere y nos sana<sup>1</sup>; y ella misma, en segundo lugar, se nos revela como el instrumento providencial para aliviar nuestros males. No son éstos, pues, irremediables, porque contamos con el auxilio de la Virgen todopoderosa y benignísima; pero también es preciso resignarnos á sobrellevarlos, porque así lo pide la razón y nuestra propia utilidad. *Con él estoy en la tribulación*, dice María; *pero yo le sacaré de ella con gloria*<sup>2</sup>. Invoquemos su intercesión valedera ante el Padre de las luces para impetrar ahora las que necesitamos: *Ave María*.

#### I.

4. Más que los males físicos de la vida presente debiera aquejarnos, cristianos, el mal moral, que es el mal sumo, el mal entre los males. Y mal moral es, y

<sup>1</sup> Deut. 32, 39. <sup>2</sup> Ps. 90, 15.

no pequeño, la espantosa ceguedad en que vive la mayor parte de los hombres, aun de los que profesan la fe cristiana. ¡Cuán olvidada tenemos la divina Providencia! Idea natural en el corazón de todo hombre, como lo son las del poder, sabiduría y bondad del Criador, parece dormida y sepultada allá en el fondo de nuestro ser, principalmente cuando la vana felicidad nos sonrío y lisonjea, haciéndonos idolatrar en los bienes de la tierra ante el altar del egoísmo. Ni siquiera los males ordinarios en que anda envuelta nuestra vida, y con los cuales llegamos á familiarizarnos, bastan á despertar en nosotros el pensamiento de un Dios que rige y gobierna nuestros pasos por la senda, ora áspera, ora llana, de la salvación, y seguimos impávidos gobernándonos á nosotros mismos con el necio absolutismo de una soñada autonomía respecto del Criador. Vienen en esto los sacudimientos fuertes, los golpes extraordinarios de la fortuna, y vienen tal vez de improviso y sobrecogen al infeliz mortal, y le obligan á salir del malhadado encanto, y á dar voces como los apóstoles puestos á riesgo de naufragio en el mar de Galilea: *¡Señor, sálvanos que perecemos!*<sup>1</sup> Entonces Jesús le habla al corazón y le reprende su indiferencia religiosa, su olvido de Dios y de la Providencia: *Quid timidi estis, modicæ fidei?*<sup>2</sup> Y ¿no es, por ventura, un bien inmenso para el hombre despertar de sueño tan mortífero, abrir los ojos del alma, empezar siquiera á ver la luz, alzar el corazón á Dios, reconocer el dominio y la soberanía del Altísimo, y ponerse de esta suerte en el camino de la salvación? Pues tales son los bienes que producir suele lo que llamamos desgracia, aquello que

<sup>1</sup> Matth. 8, 25.<sup>2</sup> Ibid. v. 26.

nos lanza en un abismo de desconsuelo y hasta de desesperación. Estos bienes, que no son sino frutos de la gracia, son de ordinario favores que María otorga á sus devotos, á los que en medio de la tribulación acuden á ella por consuelo. ¡Cuánta luz no suele derramar la Virgen prudentísima en el corazón de ciertos hombres hasta entonces ciegos y extraviados! Contemplemos más despacio, oyentes míos, los saludables efectos de la adversidad en las almas que saben aprovecharse de ella, y reduzcámoslos á dos: el conocimiento del poder divino, y la confianza en la bondad del Padre celestial.

5. La hora fatal del dolor hace al hombre testigo irrecusable y pregonero público de su debilidad; y, por natural consecuencia de ese testimonio, hácele proclamar á voz en grito la omnipotencia del soberano dueño y regulador del universo. El vasto y sombrío cuadro de nuestras desventuras no es, en definitiva, sino el cuadro de nuestra inermé debilidad y soberana impotencia. Oíd al enfermo: «¿*Qué puedo yo*, exclama, contra la enfermedad que me abrumba, contra el dolor que me desgarrar?» Escuchad al moribundo: «*Qué puedo yo* contra la muerte que á pasos de gigante se acerca para arrancarme de este mundo y dividirme de mí mismo?» Éste es aquel lastimero: «¿*Qué hago yo?* que oímos traspasados de dolor á la orilla de la cama del desasosegado moribundo. *Heu, heu, heu! ... quid faciemus?*<sup>1</sup> Y «¿*qué puedo yo*, dice al mismo tiempo el padre ó la esposa ó el hijo, contra esa implacable homicida que me arrebató, sin piedad, las dulces prendas de mi corazón, el sostén de mi existencia? ¿Puedo yo suspender

<sup>1</sup> 4 Reg. 6, 15.

esa maza de hierro que se desploma sobre mi cabeza hundiéndome en el sepulcro ó, lo que tal vez es peor, en el desamparo de la orfandad y la viudez?» «¿Qué puedo yo, murmura aquel otro desgraciado, contra las enormes fuerzas de la naturaleza que, animadas ó inanimadas, se lanzan contra mí, como huestes enemigas, para arrasar mis campos, talar mis sementeras, arruinar mis posesiones? ¿tengo yo recursos para combatir siquiera al devastador insecto, al microbio contagioso?» En fin, para abreviar, escuchad la confesión de la humana flaqueza de boca de aquellos que vierten su profundo desaliento en frases como éstas: «¿Qué puedo yo contra el odio implacable que me persigue, contra la envidia que me muerde, contra la mala fe que me arruina, contra las lenguas viperinas que despedazan mi reputación, contra el ruin y perverso carácter que me atormenta, contra la ingratitud de los hombres, la falsedad de los amigos, y contra tantos y tantos otros agentes de destrucción conjurados para quitarme ó acibararme la existencia?» ¿No son ésas las voces que asordan al mundo? Siempre y en dondequiera el fatal ¿Qué puedo yo?...

6. Surge entonces del fondo de la conciencia iluminada por la razón y la fe, otra voz consoladora y vigorosa que apaga la voz de la debilidad humana, diciendo: *Quis sicut Dominus Deus?*<sup>1</sup> «Si yo no puedo nada, criatura miserable como soy, grande solamente en los ensueños de mi orgullo, hay quien lo puede todo, el Dios óptimo y máximo, el Criador del Universo, el que ata y desata los elementos, encadena los aquilones, impera sobre las tempestades<sup>2</sup>, da vida á

<sup>1</sup> Ps. 112, 5.<sup>2</sup> Ps. 88, 10.

los grandes cetáceos y á los microscópicos vivientes, envía á la muerte adonde quiere, ó le ataja los pasos, si le place, dispone de los mismos corazones de los hombres sin coartarles la libertad: todo, en fin, lo ordena y encamina á su destino, según los planes de su sabiduría infinita, con el impulso de su diestra irresistible.» Y aquí tenéis al hombre reconociendo y acatando, en el día de la tribulación, la grandeza del poder divino. Entonces se lamenta, como el santo Job, de la insensatez de su lenguaje interior: *Sé que todo lo puedes, dice, y que no hay pensamiento escondido para Ti.... Si antes te oí sensiblemente, ahora te veo con mis propios ojos. Por eso yo mismo me reprendo y hago penitencia cubierto de ceniza*<sup>1</sup>. Y entonces Dios también se complace en consolar al hombre atribulado, como lo hizo espléndidamente con su siervo Job, duplicándole los bienes perdidos y recompensándole por todos los males y trabajos que el mismo Señor descargara sobre él para probar su virtud.

7. ¡Singular contraste el que ofrecen á este respecto la conducta del hombre de fe y de razón, cual es el cristiano, y la del ciego deísta ó fatalista que osa negar la acción de la divina Providencia. Este desgraciado cree, ó se figura creer, en la soberanía absoluta de la naturaleza física, en la inflexibilidad de sus leyes, en el ciego imperio de la fuerza bruta. Aquél, harto más cuerdo, reconoce un poder superior á las leyes físicas y cósmicas, y por encima de las energías ciegas, fatales en su desarrollo, descubre otra fuerza inteligente y libre, no sólo capaz de dominarlas, sino de manejarlas y jugar con ellas á su antojo. ¿Cuál de los dos tendrá razón?

<sup>1</sup> Job 42, 2 sqq.

El simple sentido común basta para decidirlo. Por eso contrasta con la cordura y sensatez del creyente la locura é inconsecuencia del deísta. Puede el débil mortal empeñar lucha á muerte con los agentes naturales que le perjudican, que conspiran para quitarle la vida; puede la humana inteligencia desviar muchas veces el golpe de la fuerza ciega, encauzarla, dirigirla con su industria, hacerla esclava de sus caprichos é instrumento de su felicidad. Y ¿no podrá hacer eso mismo, pero en una escala ilimitada y en toda la extensión de sus dominios, la inteligencia y el poder infinito que sacó la materia de la nada? Parece imposible que haya hombres que puedan desconocer la intervención de la divina Providencia, á menos que renieguen de la divinidad y desconozcan la creación. Y, sin embargo, no escasean los que, sin hacer profesión de renegados y ateos, caen prácticamente en errores semejantes, prescindiendo de Dios, no contando en sus empresas con más recursos que los del propio ingenio, capital é industria. Éstos son los que hacen caso omiso de la oración, desechándola como práctica inútil y supersticiosa; los que se mofan de la fe de las gentes candorosas que todavía hablan de milagros; los que menosprecian el culto de las sagradas imágenes, por más veneradas que sean de los pueblos cristianos, los cuales saben bien que Dios se complace en honrarlas, no por lo que son, sino por lo que representan. Estos tales no es de admirar que contemplen el día de hoy con lastimoso desdén el culto que esta parroquia, fiel á la tradición de sus mayores, tributa á María bajo el título de Nuestra Señora de la Consolación. ¡Plugiera á Dios traerlos á más cuerdos y sanos pensamientos!

8. Y que después de reconocer y acatar el poder soberano del Criador, comprendieran la bondad de Aquel que prodiga sus bienes á todos, buenos y malos, justos é impíos<sup>1</sup>. Mas, para llegar á este reconocimiento, ¡cuánto no ayuda al hombre el aguijón de la adversidad! En esa hora se persuade de su pobreza, mejor dicho, de su extrema indigencia, puesto que nada puede y nada tiene. Y, en efecto, ¿qué tiene el hombre de sí mismo? ¿*Qué tienes*, dícele el Apóstol, *que no lo hayas recibido?*<sup>2</sup> La verdad es que no puede siquiera sostenerse por sí solo, menos aún perfeccionarse y labrar consus propias manos su felicidad. Para todo necesita de auxilios extraños. Ni debe presumir de bastarse á sí mismo confiado en la posesión de esos bienes que llaman de fortuna, saboreándose como el rico aquel del Evangelio en la abundancia de los frutos almacenados: *tienes de sobra para muchos años*; porque en plena salud y sin previo anuncio puede ser que se le corte súbitamente el hilo de sus locas esperanzas con el de la vida, hiriéndole con aquella voz temerosa: *¡Insensato! esta misma noche te pedirán el alma*<sup>3</sup>. Estas importantes enseñanzas saben dar la adversidad y los reveses de fortuna. ¡Dichoso aquel que, dándoles oídos, reconoce que sólo Dios es rico y bueno, y que de su plenitud y generosidad lo recibimos todo! ¡Dichoso el que siente dignamente de la bondad paternal del Señor que no descuida en su amorosa solicitud á la hormiga ni al miserable gusanillo! *Todas las criaturas, canta el Profeta, esperan de Ti el sustento necesario á su tiempo.... Dándoles Tú, recogerán; abriendo*

<sup>1</sup> Matth. 5, 45.<sup>2</sup> I Cor. 4, 7.<sup>3</sup> Luc. 12, 20.

*Tú la mano, todos se enriquecerán con tus dádivas*<sup>1</sup>. Reconozca el hombre la bondad de su Criador y Padre, y no le faltará consuelo en sus tribulaciones. Antes bien, favorecido por su misericordia, entonará himnos de bendición con el Real Profeta, diciendo: *Bendice, ¡oh alma mía! al Señor, y todo cuanto hay dentro de mí alabe su santo nombre*<sup>2</sup>. Porque, no sólo nos da su luz para reconocerle y adorarle en medio de los contratiempos de la vida, sino que abrevia los días del padecer, socorriéndonos en tiempo oportuno por medio de María, instrumento universal de su misericordia, según veremos en la segunda parte.

## II.

9. He aquí una verdad práctica de la mayor importancia para el alma menesterosa de consuelo: «Yo sé que tengo en la Virgen Santísima el remedio de todos mis males, el alivio de todas mis penas, porque Dios la ha constituido medio providencial por excelencia; y, como sé que Dios quiere favorecerme, sé también que ha de hacerlo por mediación de María.» Dedúcese de aquí, mis amados oyentes, la necesidad que tenemos todos de invocar á esta Virgen benditísima como á Nuestra Señora de la Consolación. ¿No nos lo ha enseñado así la santa Iglesia? ¿No nos lo enseñaron desde la infancia nuestros católicos padres y maestros? Nuestro propio corazón ¿no nos ha sugerido la idea de asociar al santo nombre de Dios el dulcísimo nombre de María en nuestras aspiraciones suplicantes, exclamando: «Jesús y María, socorrednos, amparadnos»? Y aun quizás, olvidando al mismo Dios, en

<sup>1</sup> Ps. 103, 28.<sup>2</sup> Ps. 102, 1.

ciertos trances de suprema angustia, ¿no se han ido nuestros ojos directamente á la piadosa Madre, acaso por tenerla ó por suponerla más cerca de nosotros, y hemos clamado: «¡Virgen María, ayúdame!» Ya con un título, ya con otro, hemos acudido en nuestras necesidades espirituales y temporales á la que la Iglesia llama «Consuelo de afligidos»<sup>1</sup>. Y la experiencia ¿no ha venido á apoyar nuestra confianza? «No se hable más de tu misericordia, Virgen bienaventurada, la apostrofa San Bernardo, si hay alguien que, habiéndote invocado con fe y perseverancia en sus necesidades, asegure haberle tú faltado.» No, hermanos míos, María santísima no falta nunca á sus devotos que de corazón la invocan.

10. La razón católica, esto es, la que apoyada en la fe va discurrendo cuerdamente, viene á corroborar el testimonio de la experiencia. En efecto, María es la criatura que posee todas las condiciones y requisitos necesarios para desempeñar á maravilla el papel que la Providencia le ha asignado, de órgano de sus bondades. Atended á esta reflexión. Colocada como *primogénita de todas las criaturas*<sup>2</sup>, en medio de la creación, para señorearla toda, puesta entre Dios y los hombres, como Madre, se acerca lo bastante al Señor para recibir sus despachos y divinas comunicaciones, y está al mismo tiempo tan vecina al hombre, que puede comunicarle y transmitirle perfectamente lo que de Dios recibe. Ninguna otra criatura, pues, más apta que María para representar y ejecutar la acción providencial. Desenvolvamos brevemente esta sólida argumentación.

11. María, cristianos oyentes, representa al vivo la divina Providencia, y es su más acabada y deslumbrante

<sup>1</sup> In Lit. lauret.<sup>2</sup> Eccli. 24, 5.

imagen, por lo mismo que lo es de la Divinidad. Eslo principalmente del poder, de la sabiduría y de la bondad, atributos que entran como elementos en el concepto de la Providencia ó gobierno divino. Es claro que María no posee por sí misma ningún atributo de la Divinidad; porque, aunque perfectísima, es también simple criatura, y criatura humana, cuyo patrimonio es la ignorancia, la debilidad, la nada, como acabamos de reflexionar: y María misma lo reconoció con más humilde sinceridad que ninguno, al exclamar: *Ecce ancilla Domini!*<sup>1</sup> Esto no obstante, es la más poderosa, la más sabia, la más buena y santa entre todas las criaturas, no sólo humanas, sino angélicas, y aun en cierto modo entre todas las posibles, según doctrina recibida en la Iglesia, por cuanto Aquél cuyas son estas soberanas perfecciones, se dignó comunicarlas á esta virgen singular, en el más alto grado que pedía la dignidad altísima y como infinita á que le plugo elevarla, de Madre del Verbo Encarnado. Consta, pues, que María es la imagen más acabada y perfecta del Criador; luego nadie mejor que ella puede decirse representante de la Providencia. Y aquí debe advertirse que este divino atributo, en virtud del cual gobierna Dios todas las cosas humanas<sup>2</sup>, funciona plenamente en un orden sobrenatural que corresponde al fin último á que el hombre ha sido elevado por la misericordiosa mano del Señor. Á este orden sobrenatural, por consiguiente, deben concurrir los órdenes parciales é incompletos de la naturaleza, el físico y el moral, los cuales son gobernados con sabiduría y bondad por el Criador y Legislador del universo, del espíritu y la

<sup>1</sup> Luc. I, 38.<sup>2</sup> Eccl. in orat. Dom. 7 post. Pentec.

materia. *En Él descansan y se sostienen todas las cosas*, como dice el gran Apóstol, refiriéndose al Hijo de Dios<sup>1</sup>. Ahora bien, es en este orden donde se encuentra y tiene su trono María, anillo misterioso, por decirlo así, de la naturaleza y la gracia, criatura y madre del Criador, colocada allí para ser instrumento aptísimo de la acción providencial. Lo fué, en efecto, para la redención del género humano; y ¿qué acontecimiento pertenece más de lleno que ése al gobierno de la Providencia? No sólo, sino que ése es el punto céntrico adonde todos los demás acontecimientos convergen, en rededor del cual todos gravitan, así los hechos privados é individuales, como los públicos y concernientes á la humanidad entera. *Omnia in ipso constant*, según la sublime sentencia de San Pablo. Si, pues, María representó tan gran papel en la obra máxima de la Providencia, ¿decidme si podrá considerársela excluída de toda participación en el gobierno divino de los acontecimientos inferiores y ordinarios! Yerran, según esto, los que no comprendiendo toda la extensión del plan divino, se persuaden de que pueden prescindir de María santísima, aun creyendo y esperando en Dios. La Virgen puede decir á los tales lo que decía Jesús á los judíos: *¿Creéis en Dios? luego debéis también creer en mí*<sup>2</sup>. La razón es manifiesta y concluyente.

12. Hay más todavía, y lo expondré para concluir. Así como María representa y hace las veces de la Providencia, así también le sirve de instrumento para la ejecución de sus decretos misericordiosos. Una sencilla y clara observación nos lo demuestra. Ningún instrumento más apto que la Virgen-Madre para este dulce

<sup>1</sup> Col. I, 17.<sup>2</sup> Io. 14, 1.

ministerio de dispensar bienes á los hombres, y, en especial, de consolar á los pobres afligidos. Bien sabéis que Dios se vale, cuando quiere y porque quiere, de sus mismas criaturas para hacer beneficios á los hombres. Y ¿qué ministerio más digno que servir de intermediario del Criador, y de canal de su munífica liberalidad? Los ángeles no se desdeñan de ejercer este oficio<sup>1</sup>; y de ahí que tantas veces se nos hayan revelado acudiendo al socorro del hombre, guiándole como al pueblo de Israel, acompañándole en su larga peregrinación como á Tobías, confortándole en sus agonías como al mismo Salvador en el huerto. Pero ¿quién podrá desempeñar esta misión más dignamente que María? Porque, si los ángeles son nuestros hermanos y amigos, ella es nuestra madre, y con esto queda dicho todo. ¿En qué manos estarán mejor depositados los tesoros de la misericordia? ¿quién sondeará mejor que ella el abismo de nuestras desventuras? ¿quién como María comprenderá lo horrible de una de tantas situaciones amargas que demandan á gritos el socorro del cielo? ¿quién con más presteza acudirá en nuestro auxilio? Por eso la Iglesia, penetrada de la verdad de estas consideraciones, acostumbra invocar á la Virgen Santísima con esta conocida antifona del gran Doctor San Agustín: «Santa María, socorre á los desvalidos, ayuda á los de ánimo apocado, consuela á los que lloran, ruega por todo el pueblo, intercede por el clero, y por el religioso sexo femenino, experimenten tu auxilio todos cuantos celebran tus festividades.»<sup>2</sup>

13. Esto mismo te pedimos hoy, ¡oh Madre y Señora del Consuelo! Postrados á tus pies, tus devotos

<sup>1</sup> Ps. 90, 11.    <sup>2</sup> S. Aug., Serm. 18 de Sanct. (al. CXCIV, n. 5).

hijos de esta parroquia te suplican no los desampares en la hora de la tribulación, como no desamparaste á sus piadosos antepasados, que con tanto júbilo acogieron en este templo tu sagrada imagen y por tantos años le tributaron culto. ¡Virgen gloriosa y bendita! ¡que no degeneremos de la piedad de los que nos enseñaron á honrarte y bendecirte! ¡Oh! si llegara alguno de nosotros á olvidarte, á desconocerte, sería el ser más desgraciado de la tierra, pues carecería de los consuelos que tú sola puedes y sabes prodigar á los que sufren.... Consuélanos, pues, en este valle de lágrimas, y llévanos contigo á la mansión feliz de la alegría interminable. Así sea.

#### SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA INMACULADA VIRGEN CELEBRADA POR LA CONGREGACIÓN DE JÓVENES ESTUDIANTES

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1897.)

#### Deberes y prerrogativas de los congregantes de María.

Ego diligentes me diligo, et qui mane vigilant ad me, invenient me.

Y amo á los que me aman; y los que madrugaren á buscarme, me hallarán....

Prov. 8, 17.

1. «Cada vez que, en el curso de mi ministerio, me corresponde dirigir la palabra á un auditorio compuesto exclusivamente de hombres, decía un orador contemporáneo<sup>1</sup>, me siento vivamente impresionado porque me parece hablar á reyes.» Y no carecía de razón;

<sup>1</sup> El abate *Marchal*: «L'homme comme il le faut.»